

go en la gran ciudad que rememora el perdido paraíso y la ruina de sus ilusiones. Con minuciosidad, con amor, el autor va acumulando objetos, seres, paisajes, sensaciones, sueños y esperanzas hasta configurar los diversos ámbitos en que se enmarcará esta estu-
penda «novela de aprendizaje». Estamos dentro de un tipo de narrativa realista, casi tradicional; estamos en lo que podríamos denominar la *orilla clara* de José María Merino.

Pero si este aspecto de la novela es el más destacado y destacable, no podemos olvidar la existencia de ese mítico caldero que da nombre a la obra y que simboliza las raíces de la propia identidad, raíces que ya se apuntaban en *La Novela de Andrés Choz* y cuya búsqueda constituye uno de los hilos conductores de la trama.

Y esas raíces que nos llevan por encima del tiempo hasta aquellos ancestros que nos precedieron y cuyas cenizas son el limo de nuestro propio vivir, tienen un contenido telúrico que trasciende el propio yo individual y que le condicionan marcando un sentido y una dirección a su vida. *Chino* busca en el contacto con el abuelo —síntesis de todo ese flujo interminable de sangre germinal— la propia raíz del mito, de ese mito que es el secreto de su propia tierra, la tierra matriz representada por la criada, Olvido. En la relación de *Chino* con Olvido, con el abuelo, hay un intento de volver hacia atrás, hacia los orígenes, el seno materno y la tierra raíz. De ahí que la contradicción entre tradición-modernidad, simbolizada en la lucha contra la central nuclear, desborde los límites del mero conflicto ecologista, de simple protesta, —aunque también ésta exista— por la brutal destrucción de una cultura y un paisaje, y sea el reflejo de una verdad más profunda, una verdad que, más allá de las meras apariencias de la realidad inmediata, expresa ante todo el derecho a la reivindicación de nuestros más íntimos sueños, de nuestros más profundos mitos. El derecho a recobrar la niñez perdida —la propia y la de nuestra estirpe—, en una desesperada y estéril lucha contra la inexorable tiranía del tiempo.

Los cuentos del reino secreto entrañan dentro de la otra orilla de José María Merino. Se trata de un conjunto de relatos unificados por el tema común de lo fantástico, en los que Merino, con independencia de rendir un homenaje a diversos maestros del género, realiza una serie de variaciones dignas de un virtuoso sobre temas siempre viejos y siempre renovables.

Estamos aquí en ese reino de la fantasía y el sueño, en ese reino de lo misterioso y ominoso tan grato a nuestro autor y que una vez más le sirve para evocar los héroes de la épica de su niñez. Como en Andrés Choz, al desarrollar un género propio de la literatura juvenil, vuelve Merino a la recuperación de su pasado por el camino de la literatura. pero nos engañaríamos si pensáramos que Merino se mueve exclusivamente en el mundo de las sombras, que este conjunto de relatos es tan sólo un puñado de historias fantásticas, un ejercicio en el que el autor ha pretendido ver hasta dónde alcanza su imaginación y el dominio de un género. Aquí, como en el resto de su obra, Merino se mueve en esa doble vertiente contrapuesta y a la par complementaria que constituye su mundo.

Porque desde el principio vemos que estos cuentos fantásticos nacen de un terreno muy firme y real, un terreno que es el de las vivencias del propio autor, perfectamente localizadas y localizables en esas tierras de León, cuya evocación llena en buena parte toda la obra de Merino. Como en *El caldero de oro* Merino nos va dando un ámbito

geográfico preciso, reconstruyendo minuciosamente, desde la nostalgia de la memoria, un paisaje con sus accidentes geográficos, sus casas y monumentos; con sus colores sonidos y aromas; con los seres animados e inanimados, que lo pueblan; con los usos, costumbres y decires de sus hijos; con las sensaciones, emociones y experiencias del niño que fue. Y entre esas emociones y experiencias están en un primer término las literarias, que no se reducen sólo a la de la lectura de aquellos maestros de la novela juvenil, a quienes le hicieron soñar desde el mundo del tebeo o desde la pantalla del cine provincial y, sobre todo, a los narradores anónimos que, siendo muy niño, alimentaron su fantasía en los *filandones* de su tierra.

Porque es una tierra, la de León, la que mediante la recurrencia a sus propias evocaciones vivenciales y narrativas Merino hace surgir ante el lector, tanto desde el realismo de *El caldero de oro* como desde la fantasía de *Los cuentos del reino secreto*. Y en este sentido podríamos decir que Merino es también un narrador costumbrista. Lo que ocurre es que su costumbrismo va más allá de la superficie, de la mera apariencia, es una consecuencia de esa búsqueda de su propia identidad, de ese profundizar hasta las raíces que inexorablemente le conducen a una concreta geografía y a que la visión que nos da de ese ámbito concreto sea mucho más profunda que la del simple costumbrismo a ultranza.

Tras un nuevo libro de poemas *Mírame Medusa*⁷ donde vuelve a tratar los temas propios de su obra poética anterior pero con un lenguaje más terso y depurado, más cargado de tenso lirismo, Merino nos da su por ahora última novela, *La orilla oscura*, cuyo título como comprobará el lector ha inspirado el de este breve trabajo.

Después de leer *La orilla oscura* uno podría pensar que todos los anteriores escritos de José María Merino son únicamente ensayos o trabajos preparatorios destinados a la consecución de esta extraordinaria novela. Ciertamente el esplendor del lenguaje, la maestría de su construcción y la riqueza imaginativa de esta obra podrían inducir al lector a menospreciar el resto de la producción del autor. Y ello sería injusto porque, como hemos señalado anteriormente, toda la producción de Merino tiene un peso propio tanto por los logros de su realización como por la coherencia con que todas y cada una de sus obras van desarrollando diversos aspectos de un mismo proyecto unitario.

El que *La orilla oscura* sea en buena parte la culminación de ese proyecto no es óbice para que el resto no ocupe un lugar significativo en el desarrollo del mismo. Es más: pensamos que, si de algo podría pecar la por ahora última novela de Merino es de una cierta unilateralidad dentro de esa dialéctica de contraposición complementaria que hemos ido examinando a lo largo de estas páginas. Ciertamente en *La orilla oscura* también surge de vez en vez la búsqueda de ese pasado vivencial, de esa tierra concreta y real que constituyen una de las constantes de su obra. Pero, como ya su propio título indica, la preocupación principal es la de indagar esa «orilla oscura», esa orilla hecha de sueño y mito y fantasía y literatura que, si bien siempre presente en nuestro autor, aquí alcan-

⁷ *Mírame Medusa*. *Endymión*. Editorial Ayuso, 1984.

za un inequívoco protagonismo, anulando casi esa otra clara también constante a lo largo de su obra.

Pocas veces en la literatura española se ha borrado de una manera tan perfecta los límites indecisos que separan la vigilia del sueño, lo real y lo fantástico, lo imaginado y lo vivido, como lo consigue Merino en su última novela. Pocas veces se ha cuestionado la realidad desde la creación con el talento que aquí lo hace José María Merino. Ciertamente hay precedentes ilustres —a los que el autor hace clara referencia y rinde homenaje— como *La vida es sueño* o *Niebla*. Pero Merino sabe extraer al tema nuevos registros e impregnarlo de su propia personalidad.

Merino construye un gran relato nutriéndose de sus lecturas infantiles. Porque es posible *Las mil y una noches*, —siempre presente en su obra— el libro que más influye en esta novela, y ello no sólo por el tema del *Durmiente despierto*, sino por su estructuración en forma cajas chinas, de relatos que engendran nuevos relatos, de narrador que es a su vez narrado por un nuevo narrador, de soñador que, a su vez, es tan sólo parte de otro sueño.

Y es este gusto por los héroes de la épica infantil, literarios y no literarios (la parte, a mi ver, más conseguida, la narración del piloto, hace referencia tanto al *Corazón de las Tinieblas* de Conrad como al film *La reina de Africa*) lo que al lector atento y conocedor de la producción de Merino le alerta que no está ante un simple juego literario —aunque hay mucho de estupendo juego literario en la novela— sino que de nuevo se encuentra ante los temas y obsesiones presentes a lo largo de la poesía y prosa de nuestro autor. Y que estos temas y obsesiones conducen todos ellos a ese tema central que aquí va a lograr su expresión más acabada y su tratamiento más extenso: el de la propia identidad; el del cuestionamiento de la realidad de una existencia que se escurre de nuestras manos y a la que el tiempo convierte en una fábula memorable entre otras fábulas, sueño perdido entre otros muchos sueños.

De ahí la importancia del escritor apócrifo, del autor que es tan sólo la invención de otro autor, en esta novela de Merino. Aunque ello no debe sorprender al lector de Andrés Choz y menos a quienes se hallaban en el intríngulis de la estupenda humorada de Sabino Ordaz, a quien va dedicada con notable ironía la novela. En último término esta confusión entre creador y criatura, este cuestionar la persona real desde la ficción literaria responde, como acabamos de señalar, a esa preocupación fundamental de Merino a quien el yo se le presenta fugitivo, problemático, y al que intenta fijar mediante la recuperación de un pasado donde lo real y lo literario, lo soñado y lo vivido tienen idéntico valor.

Pero esta obsesión pirandelliana no lleva a una escritura abstracta, conceptual. Muy al contrario, la devoción siempre confesada que el escritor tiene por la narrativa juvenil hace que Merino sea ante todo y sobre todo un narrador de historias. Como en toda su producción, en *La orilla oscura* el novelista se nos muestra como un estupendo fabulador, ganado por el placer de narrar, el placer de contarnos los cuentos más variados, desde un clásico viaje de novela de aventuras a una leyenda medieval que podría estar sacada de las *Cantigas*, pasando por la recreación de un viejo mito ultramarino con eco de nuestros cronistas de Indias, del Popol-Vuh o Miguel Angel Asturias.

La orilla oscura es el triunfo de la imaginación. Merino, en esta novela, ha entrado decididamente en el vericuetos de los sueños. Hemos visto que éstos siempre han estado presentes en su obra. El que aquí ocupen un lugar destacado no significa ninguna desviación o abandono de esa otra orilla real y nostálgica en la que tan bien sabe moverse. Simplemente, en su última obra Merino se ha demorado más en lo que constituye la orilla oscura de su mundo. Pero tanto la una como la otra, la clara como la oscura, contrapuestas y complementarias, son tan sólo las dos vertientes de esta firme personalidad de nuestras letras que responde al nombre de José María Merino.

Antonio Martínez Menchén



José María Merino